

CAPÍTULO XXXVII.

EL GABINETE DEL SUBDELEGADO DE POLICÍA.

M. de Crosne sabía de Cagliostro cuanto un diestro subdelegado de policía puede saber de un hombre que habita en Francia, y esto no es poco decir. Sabía todos sus nombres, todos sus secretos de alquimista, de magnetismo y adivinación; sabía sus pretensiones á la ubicuidad, á la regeneración perpetua, y le consideraba como un charlatán gran señor.

M. de Crosne era un espíritu fuerte que conocía todos los recursos de su cargo, estaba bien visto en la corte, era indiferente al favor, no transigía con su orgullo; en fin, era un hombre en quien no hincaba el diente todo el que quería.

Á éste no podía Cagliostro ofrecer, como á M. de Rohán, luises acabados de salir de la hornilla hermética; á éste, no habría presentado Cagliostro la boca de una pistola,

como Bálsamo á M. de Sartines; á éste no tenía Bálsamo una Lorenza que reclamar, sino que Cagliostro tenía cuentas que rendir.

He ahí por qué el conde, en vez de aguardar los acontecimientos, había creído que debía pedir una audiencia al magistrado.

M. de Crosne conocía la ventaja de su posición, y se aprestaba á usar de ella. Cagliostro conocía el apuro de la suya y se preparaba á salir de él. Esta partida de ajedrez jugada á descubierto, tenía una puésta que uno de los jugadores no sospecha, y preciso es confesar que ese jugador no era M. de Crosne.

Hemos dicho que éste no conocía de Cagliostro más que el charlatán, que ignoraba completamente el adepto. En las piedras que sembró la filosofía en el camino de la monarquía, sólo han tropezado tantos porque no las veían.

M. de Crosne aguardaba de Cagliostro revelaciones sobre el collar, sobre los tráficoos de madama de La Motte, y ésta era su desventaja. En fin, tenía derecho á interrogarle, á prenderle, y en esto estaba su superioridad.

Recibió al conde como un hombre que conoce su importancia, pero que no quiere faltar á la urbanidad con nadie, ni aun con un fenómeno.

Cagliostro estuvo sobre sí, y sólo quiso aparecer gran señor, su única debilidad de que él creyó debía dejar que sospechasen.

— Caballero, le dijo el subdelegado de policía, me habéis pedido una audiencia, y llegó expresamente de Versalles para dárosla.

— Señor, había creído que tendríais algún interés en interrogarme sobre lo que está pasando, y como hombre

que conoce todo vuestro mérito y toda la importancia de vuestras funciones, he acudido á vos, y aquí me tenéis.

— ¿ Interrogaros ? repitió el magistrado afectando sorpresa. Pero ¿ sabré qué y en qué concepto, caballero ?

— Señor, replicó terminantemente Cagliostro, vos os ocupáis mucho de madama de La Motte, de la desaparición del collar.

— ¿ Lo habrís hallado vos ? le preguntó M. de Crosne en un tono casi burlón.

— No, respondió el conde con gravedad... Pero si no he hallado el collar, á lo menos sé que madama de La Motte habitaba en la calle de San Claudio.

— Enfrente de vos, caballero : lo sabía también, dijo el magistrado.

— Entonces sabéis lo que madama de La Motte hacía... de consiguiente no hablemos más de eso.

— Al contrario, hablemos, dijo M. de Crosne con un aire de indiferencia.

— ¡ Oh ! eso sólo tenía alguna sal con motivo de Oliva, dijo Cagliostro ; pero supuesto que sabéis todo lo relativo á madama de La Motte, nada nuevo tendría ya que decir.

Al oír el nombre de Oliva, M. de Crosne se sobresaltó.

— ¿ Qué decís de Oliva ? preguntó. ¿ Qué viene á ser esa Oliva ?

— ¿ No lo sabéis ? ¡ Ah ! era una curiosidad de que me sorprendería mucho tener que instruirlos. Figuraos una joven lindísima, un talle... ojos azules, el óvalo de la cara perfecto ; mirad, una especie de hermosura que se parece un poco á la de S. M. la reina.

— ¡ Ah, ah ! exclamó M. de Crosne. ¿ Y bien ?

— Y bien ; esa joven vivía mal, y eso me daba pena ; pues había servido en otro tiempo á un antiguo amigo mío, M. de Taverney...

— ¿ El barón ? ¿ qué ha muerto el otro día ?

— Precisamente ; sí, el que ha muerto. Además, había pertenecido á un sabio que vos no conocéis, señor subdelegado de policía, y que... Pero estoy siguiendo un camino doble, y percibo que principio á molestaros.

— Al contrario, caballero, os ruego tengáis á bien continuar. Decíais que esa Oliva...

— Vivía mal, como he tenido el honor de deciros. Sufría una casi miseria con cierto tuno su amante, que no hacía más que robarla y apalearla ; uno de vuestras más ordinarias presas, un bellaco que vos no debéis conocer...

— ¿ Cierta Beausire, quizás ? dijo el magistrado muy ufano de parecer bien informado.

— ¡ Ah, le conocéis ! Es sorprendente, dijo Cagliostro con tono de admiración. Muy bien, señor ; veo que sois más adivino aún que yo. Un día que el Beausire había robado y apaleado más que de costumbre á esa muchacha, vino á refugiarse en mi casa y me pidió protección. Yo tengo un corazón bondadoso, y le dí no sé que rincón de pabellón en uno de mis hoteles...

— ¡ En vuestra casa !.. ¿ Ella estaba en vuestra casa ? exclamó el magistrado sorprendido.

— Sin duda, replicó Cagliostro afectando admirarse á su vez. ¿ Por qué no habría de abrirla en mi casa ? Yo estoy soltero...

Y se echó á reír con tan diestra naturalidad que M. de Crosne cayó completamente en la red.

— ¡ En vuestra casa ! repitió. Conque por eso mis agentes han tenido que buscarla tanto para hallarla.

— ¡ Cómo buscado ! dijo Cagliostro. ¿ Buscaban á esa muchacha ? ¿ Conque ha hecho alguna cosa que yo no sé ?

— No, señor, no ; os ruego que prosigáis.

— ¡ Dios mío ! Ya he terminado. Yo la hospedé en mi casa, y nada más.

— No, no, señor conde ; no es eso sólo, pues hace un momento parecíais asociar á ese nombre de Oliva el de madama de La Motte.

— ¡ Ah ! á causa de la vecindad, dijo Cagliostro.

— Hay aún otra cosa, señor conde... Vos no habéis dicho sin objeto que madama de La Motte y Mlle Oliva eran vecinas.

— ¡ Oh ! eso lo he dicho por una circunstancia que sería inútil referiros, pues no es al primer magistrado del reino á quien se debe venir con esas consejas de rentero ocioso.

— Vos me interesáis, caballero, y mucho más de lo que creéis, porque esa Oliva que decís ha vivido en vuestra casa, la he hallado yo en provincia.

— ¿ Vos la habéis hallado ?

— Con M. de Beausire...

— Pues bien ; ¡ ya me lo sospechaba yo ! exclamó Cagliostro. ¿ Estaba con Beausire ? ¡ Ah, muy bien ! Volvamos el crédito á madama de La Motte.

— ¡ Cómo ! ¿ qué queréis decir ? repuso M. de Crosne.

— Digo, señor, que después de haber sospechado un momento de madama de La Motte, le devuelvo plena y completamente su crédito.

— ¡ Sospechado ! ¿ De qué ?

— ¡ Dios de bondad ! ¿ Conque vos escucháis con paciencia todos los cuentecillos ? Pues bien ; sabed que en el momento en que yo tenía la esperanza de corregir á esa Oliva y de volverla al trabajo y á la honradez (yo me ocupo de moral, señor), en ese momento, digo, vino alguno y me la llevó.

— ¡ Y os la llevó ! ¿ de vuestra casa ?

— De mi casa.

— Es extraño.

— ¿ No es verdad ? Y yo me habría condenado por sostener que había sido madama de La Motte. ¡ Lo que son los juicios del mundo !

M. de Crosne se aproximó á Cagliostro, y dijo :

— Vamos, precisad los hechos, si gustáis.

— ¡ Oh ! señor, ahora que habéis hallado á Oliva con Beausire, nada me hará pensar en madama de La Motte, ni en sus familiaridades, ni en sus señas, ni en su correspondencia.

— ¿ Con Oliva ?

— Sin duda.

— ¿ Madama de La Motte y Oliva estaban de acuerdo ?

— Perfectamente.

— ¿ Se veían ?

— Madama de La Motte había hallado el medio de hacer salir á Oliva todas las noches.

— ¡ Todas las noches ! ¿ Estáis seguro de eso ?

— Cuanto un hombre puede estar de lo que él mismo ha visto y oído.

— ¡ Oh ! caballero, me estáis diciendo cosas que yo pagaría mil libras por cada palabra ! ¿ Qué fortuna tengo en que vos hagáis oro !

— Ya no lo hago, señor; era muy caro.

— ¿Pero sois amigo de M. de Rohán?

— Ya lo creo.

— ¿Y debéis saber la mucha parte que ese elemento de intriga á quien llaman madama de La Motte, tiene en su proceso escandaloso?

— No, yo quiero ignorarlo.

— ¿Pero quizás sabéis las consecuencias de esos paseos de Oliva y madama de La Motte?

— Señor, hay cosas que el hombre prudente debe tratar siempre de ignorar, repuso sentenciosamente Cagliostro.

— Voy á tener el honor de preguntaros una sola cosa, dijo con viveza M. de Crosne. ¿Tenéis pruebas de que madama de La Motte ha estado en correspondencia con Oliva?

— Ciento.

— ¿Qué pruebas?

— Billetes de madama de la Motte que ésta lanzaba al cuarto de Oliva por medio de una ballesta, que sin duda se hallará en su habitación. Muchos de esos billetes, arrollados á un pedazo de plomo, no han dado en el blanco; caían en la calle, y mis criados y yo hemos recogido varios.

— Caballero, ¿los presentaríais á la justicia?

— ¡Oh! señor, son tan inocentes que no tendré en ello el menor escrúpulo, y no creería merecer por eso ninguna reconvencción de parte de madama de La Motte.

— ¿Y... las pruebas de las connivencias, las citas?

— Mil.

— Una sola, os suplico.

— La mejor. Parece que madama de La Motte tenia facilidad de entrar en mi casa para ver á Oliva, porque la he visto yo el mismo día en que desapareció la joven.

— ¿El mismo día?

— Todos mis criados la han visto como yo.

— ¡Ah! ¿y qué iba á hacer allí... si Oliva había desaparecido?

— Eso es lo que yo me pregunté al principio, sin poder explicármelo. Yo había visto á madama de La Motte apearse de una silla de posta que quedó aguardando en la calle del Rey Dorado. Mis criados habían visto parado largo tiempo aquel carruaje, y confieso que mi opinión fué que madama de La Motte quería atraerse á Oliva.

— ¿Vos la dejabais obrar?

— ¿Por qué no? Esa madama de La Motte es una señora caritativa y favorecida de la suerte, y es recibida en la corte. ¿Por qué había de impedirle el que me desembarazase de Oliva? Ya veis que yo habría hecho mal, puesto que otro me la ha llevado para perderla de nuevo.

— ¡Ah! ¿conque la señorita Oliva se hospedaba en vuestra casa? dijo M. de Crosne meditando.

— Sí, señor.

— ¿Conque la señorita Oliva y madama de La Motte se conocían, se veían y salían juntas?

— Sí, señor.

— ¿Conque madama de La Motte ha sido vista en vuestra casa el día del rapto de Oliva?

— Sí, señor.

— ¡Ah! ¿vos habéis creído que la condesa quería llevarse á su lado á esa muchacha?

— ¿Cómo había de pensar otra cosa?

— Pero ¿qué ha dicho madama de La Motte, cuando no halló á Oliva en vuestra casa?

— Me ha parecido muy turbada.

— ¿ Vos suponéis que ha sido ese Beausire quien se la ha llevado ?

— Lo supongo únicamente porque vos me decís que él se la ha llevado, sino no supondría nada. Ese hombre ignoraba dónde vivía Oliva, ¿ quién puede habérselo dicho ?

— La misma Oliva.

— No lo creo, porque en vez de hacerse llevar por él de mi casa, se habría ella escapado de mi casa á la suya, y os ruego creáis que él no habría entrado en mi casa, si madama de La Motte no le hubiese enviado una llave.

— ¿ Tenía ella una llave ?

— No puede haber duda.

— Tened á bien decirme qué día se llevaron á Oliva, dijo M. de Crosne iluminado súbitamente por la antorcha que Cagliostro le alargaba tan hábilmente.

— ¡ Oh ! en cuanto á eso no puedo equivocarme, fué precisamente la víspera de San Luis.

— ¡ Eso es ! exclamó el subdelegado de policía, ¡ eso es ! Caballero, acabáis de hacer un señalado servicio al Estado.

— Me alegro infinito, señor.

— Y se os recompensará como conviene.

— Desde luego por mi conciencia, dijo el conde.

M. de Crosne le saludó, y dijo :

— ¿ Puedo contar con la consignación de esas pruebas de que hablábamos ?

— Señor, yo estoy siempre dispuesto á servir á la justicia en todas las cosas.

— Pues bien ; no olvidaré vuestra palabra : ¡ hasta otra vista !

Y despidió á Cagliostro, el cual, al salir, dijo para sí :

— ¡ Ah, condesa ! ¡ ah, vibora ! Tú has querido acusarme, y creo que has mordido la lima. ¡ Cuidado con tus dientes !

CAPÍTULO XXXVIII.

LOS INTERROGATORIOS.

Mientras así conversaba M. de Crosne con Cagliostro, M. de Breteuil se presentaba en la Bastilla de parte del rey para interrogar á M. de Rohán.

La entrevista entre estos dos enemigos podía ser borrascosa. M. de Breteuil conocía el orgullo de M. de Rohán, y había tomado de él una venganza bastante terrible, para prometerse en lo sucesivo procedimientos de urbanidad. M. de Breteuil estuvo más que cortés, pero M. de Rohán rehusó responderle.

El guarda-sellos insistió, pero M. de Rohán declaró que se atenía á las medidas que adoptasen el parlamento y sus jueces.

Vista la inalterable voluntad del acusado, M. de Breteuil creyó debía retirarse, y mandó que compareciese ante él madama de La Motte, ocupada en redactar memorias, y ésta obedeció presurosa.

M. de Breteuil le explicó claramente su situación, que ella conocía mejor que ninguno. Juana respondió que tenía pruebas de su inocencia, y que las presentaría cuando fuese necesario. M. de Breteuil le hizo observar que esto era de la mayor urgencia.

Juana enjaretó toda la fábula que se había forjado, reducida á las mismas insinuaciones contra todo el mundo, y la misma aseveración de que los documentos falsos emanaban no sabía de quién.

Declaró también que, habiendo el parlamento principiado á entender en este asunto, no diría nada absolutamente verdadero sino en presencia del señor cardenal, y según los cargos que él hiciese pesar sobre ella.

Entonces le dijo M. de Breteuil que el cardenal hacía pesar todo sobre ella.

— ¿ Todo ? dijo Juana. ¿ Hasta el robo ?

— Tened á bien responder al señor cardenal, dijo friamente Juana, que le aconsejo no sostenga por más tiempo un sistema de defensa tan malo.

Y á esto se redujo su declaración. Pero M. de Breteuil no estaba satisfecho; necesitaba algunos pormenores íntimos, la manifestación de las causas que habían arrastrado al cardenal á tantas temeridades hacia la reina, y á la reina á tanta cólera contra el cardenal: necesitaba la explicación de todos los informes recogidos por el conde de Provenza, y que habían pasado al estado de pública voz y fama.

El guarda-sellos era hombre de talento, y sabía obrar sobre el carácter de una mujer. Así, lo prometió todo á madama de La Motte, si ésta acusaba á alguno.

— ¿ Tened cuidado ! le dijo; porque no declarando nada, acusáis á la reina; si os obstináis en eso, ¿ tened cuidado !

pues seréis condenada como culpable de lesa Majestad : ¡ á la vergüenza, á la horca !

— Yo no acuso á la reina, replicó Juana ; pero ¿ por qué se me acusa á mí ?

— Entonces acusad á alguno, dijo el inflexible Breteuil ; ese será el único medio de salvaros vos misma.

Juana se encerró en un prudente silencio, y esta primera entrevista entre ella y el guarda-sellos no tuvo ningún resultado.

Entretanto se propagaba el rumor de que habían surgido pruebas, de que los diamantes habían sido vendidos en Inglaterra, donde M. Reteau de Villette fué preso por los agentes de M. de Vergennes.

El primer asalto que Juana tuvo que sostener fué terrible. Careada con Reteau, á quien ella debía creer aún su aliado hasta la muerte, le oyó con terror confesar humildemente que era un falsario, que había escrito un recibo de los diamantes y una carta de la reina, falsificando á la vez la firma de los joyeros y la de S. M.

Interrogado por qué motivo había perpetrado estos crímenes, respondió que lo había hecho á solicitud de madama de La Motte.

Desatinada y furiosa, Juana negó y se defendió como una leona, pretendiendo no haber visto jamás ni conocido á M. Reteau de Villette.

Pero aun en esto recibió dos golpes terribles la abrumaron dos declaraciones.

La primera era la de un cochero de fiacre hallado por M. de Crosne, que declaraba haber conducido en el día y hora citados por Reteau una señora vestida de tal manera, á la calle Montmartre.

Dicha señora, rodeada de tantos misterios, tomada por el cochero en el barrio del Marais, ¿ quién podía ser, sino madama de La Motte que habitaba en la calle de San Claudio ?

Y en cuanto á la familiaridad que mediaba entre dichos dos cómplices, ¿ cómo se podía negar, cuando un testigo afirmaba haber visto la vispera en el asiento de una silla de posta de que se había apeado madama de La Motte, á M. Reteau de Villette, el cual era fácil de reconocer por su cara pálida é inquieta ?

El testigo era uno de los principales servidores de M. de Cagliostro.

Ese nombre hizo brincar á Juana, y la arrastró á los mayores extremos, deshaciéndose en acusaciones contra Cagliostro, á quien ella acusaba de haber fascinado con sus sortilegios y hechizos el espíritu del cardenal de Rohán, inspirándole de ese modo *ideas culpables contra su real Majestad*.

Este era el primer eslabón de la acusación de adulterio.

M. de Rohán se defendió defendiendo á Cagliostro ; negó todo lo relativo á la reina, y negó con tal obstinación, que Juana, exasperada, articuló por la primera vez esa acusación de un amor insensato del cardenal por la reina.

M. de Cagliostro pidió al punto y obtuvo que le encarcelasen para responder de su inocencia á todo el mundo. Inflamándose acusadores y jueces como sucede al primer soplo de la verdad, la opinión pública hizo inmediatamente causa común con el cardenal y Cagliostro con la reina.

Entonces fué cuando esta infortunada princesa, para hacer comprender su perseverancia en proseguir la causa, dejó publicar los informes hechos al rey sobre los paseos

nocturnos, y llamando á M. de Crosne, le intimó que declarase lo que sabía.

El golpe, hábilmente calculado, cayó sobre Juana y faltó poco para que la aniquilase para siempre.

El encargado del interrogatorio intimó á M. de Rohán en pleno consejo declarase lo que sabía de aquellos paseos por el jardín de Versalles.

El cardenal replicó que no sabía mentir, y que apelaba al testimonio de madama de La Motte.

Ésta desmintió los informes y relaciones que denunciaban que ella había parecido en los jardines, fuese en compañía de la reina ó en la del cardenal.

Esta declaración justificaba á María Antonieta, si hubiese sido posible creer las palabras de una mujer acusada de falsaria y ladrona; pero como procedía de ella, la justificación parecía un acto de complacencia, y la reina no sufrió el verse justificada de semejante modo.

Así, en el mismo momento en que Juana gritaba con todas sus fuerzas que ella jamás se había presentado de noche en el jardín de Versalles, y que jamás había visto ni sabido nada de los asuntos particulares á la reina y al cardenal, compareció Oliva, testimonio vivo que hizo cambiar la opinión y destruyó todo el edificio de embustes amontonados por la condesa.

¿Cómo esta mujer no se sepultó bajo las ruinas? ¿cómo es que se levantó más rencorosa y terrible? No explicamos solamente este fenómeno por su voluntad; lo explicamos por la fatal influencia que perseguía á la reina.

Careada Oliva con el cardenal, ¡qué terrible golpe! ¡al conocer por último M. de Rohán que había sido burlado de un modo infame! ¡al descubrir, este hombre lleno de deli-

cadeza y nobles pasiones, que una aventurera, asociada á una bribona, le había arrastrado á menospreciar en alto grado á la reina de Francia, á una mujer á quien amaba y que no era culpable!

El efecto que esta aparición hizo en M. de Rohán, nos daría materia para la escena más dramática ó importante de este negocio, si, acercándonos á la historia, no fuésemos á caer en el lodo, en la sangre y el horror.

Cuando M. de Rohán vió á Oliva, á esta reina de encrucijada, y recordó la rosa, la mano estrechada y los baños de Apolo, palideció, y habría derramado toda su sangre á los pies de María Antonieta, si la hubiese visto en ese momento al lado de la otra.

¡Cuántos perdones, cuántos remordimientos se lanzaron de su alma para ir con sus lágrimas á purificar la última grada del trono, donde un día había derramado su desprecio con el pesar de un amor desdeñado!

Pero le estaba vedado hasta ese consuelo, pues no podía aceptar la identidad de Oliva sin confesar que amaba á la verdadera reina; la misma confesión de su error era una acusación y una mancha. Por esto, dejó á Juana negarlo todo, y se calló.

Y cuando M. de Breteuil quiso, con M. de Crosne, forzar á Juana á explicarse más ampliamente, respondió ésta:

— El mejor medio de probar que la reina no ha ido á pasearse de noche por el parque, es mostrar una mujer que se asemeja á la reina, y que pretende haber estado en el parque. La muestran; está bien.

Esta infame insinuación produjo su efecto, pues invalidaba la verdad.

Pero como Oliva daba en su ingenua inquietud todos los

pormenores y pruebas, como no omitía nada y se hacía creer mucho mejor que la condesa, Juana recurrió á un medio desesperado : confesó.

Declaró que había llevado al cardenal á Versalles; que su Excelencia quería á todo trance ver á la reina y asegurarle su respetuoso afecto; confesó porque sintió á sus espaldas todo un partido que ella no tenía si se encerraba en la negativa; confesó, porque acusando á la reina, se daba por auxiliares á todos los enemigos de la reina, y estos eran numerosos.

Entonces, por la décima vez en este infernal proceso, se cambiaron los papeles; el cardenal representó el de un engañado, Oliva el de una prostituta sin poesía ni sentido, y Juana el de una intrigante: no podía escoger otro mejor.

Pero como, para que saliese bien este innoble plan, era preciso que la reina hiciese también su papel, se le dió el más odioso, el más abyecto y comprometido para la dignidad real, el de una coqueta atolondrada, de una griseta que se ocupa en tramar petardos. María Antonieta vino á representar el papel de Dorimene conspirando con Frosine contra M. Jourdain, cardenal.

Juana declaró que aquellos paseos se daban con aprobación de María Antonieta, la cual, oculta tras de un seto de olmedillas, escuchaba riendo locamente los apasionados discursos del enamorado M. de Rohán.

He ahí lo que eligió para su última trinchera esa ladrona que no sabía ya dónde ocultar su robo: fué el manto real hecho del honor de María Antonieta y de María Leczinska.

La reina sucumbió bajo esta última acusación, porque no podía probar su falsedad. No lo podía, porque Juana, apurada hasta el extremo declaró que publicaría todas las

cartas amorosas escritas por M. de Rohán á la reina, y porque en efecto esas cartas rebosaban una pasión insensata.

No podía probar su falsedad, porque Oliva, que afirmaba haber sido arrastrada por Juana al parque de Versalles, no tenía la prueba de que alguno escuchaba ó no detrás de las olmedillas.

En fin, la reina no podía probar su inocencia, porque había demasiados interesados en tomar aquellos infames embustes por la verdad.

CAPÍTULO XXXIX

ULTIMA ESPERANZA PERDIDA.

Presentado el negocio del modo que lo había hecho Juana, era imposible, como se vé, el descubrir la verdad.

Juana, convicta por veinte declaraciones de personas dignas de fe, de haber sustraído los diamantes, no había podido decidirse á pasar por una ladrona vulgar. Necesitaba la vergüenza de alguno al lado de la suya, y se persuadía de que el ruido del escándalo de Versalles cubriría tan bien su crimen que, aun cuando ella fuese condenada, la sentencia alcanzaría á la reina antes que á nadie.

De consiguiente su cálculo salió frustrado. La reina, aceptando francamente el debate sobre la doble cuestión, y sufriendo el cardenal su interrogatorio, jueces y escándalo arrebatában á su enemiga la aureola de inocencia que ella se había complacido en dorar con todas sus hipócritas reservas.

Pero ¡ cosa extraña ! el público iba á ver desarrollarse delante de él un proceso en que ninguno aparecería inocente, ni aun aquellos que fuesen absueltos por la justicia.

Después de los careos sin número, en los que el cardenal se condujo siempre con calma y urbanidad, hasta con la misma Juana, y en los que Juana se mostró violenta y perjudicial para todos, se halló formada irrevocablemente la opinión pública en general, y la de los jueces en particular.

Todos los incidentes habían llegado a ser ya casi imposibles, estaban ya agotadas las revelaciones, y Juana advirtió que no había producido ningún efecto en sus jueces. De consiguiente resumió en el silencio del calabozo todas sus fuerzas y esperanzas.

De todo lo que le rodeaba ó servía á M. de Breteuil, resultaba para Juana el consejo de tratar con miramiento á la reina y abrumar sin compasión al cardenal.

De todo lo que concernía al cardenal, familia poderosa, jueces parciales por la causa popular, clero fecundo en recursos, resultaba para madama de La Motte el consejo de decir toda la verdad, de desenmascarar las intrigas de corte y llevar el escándalo hasta un punto tal, que las testas coronadas experimentasen un aturdimiento mortal.

Este partido procuraba intimidar á Juana, representándole, lo que ella sabía muy bien, que la mayoría de los jueces estaba inclinada por el cardenal, que ella se perdería sin utilidad en la lucha, y que tal vez, á pesar de estar ya medio perdida, le era mejor dejarse condenar por el negocio del collar que el suscitar los crímenes de lesa Majestad, fango sangriento dormido en el fondo de los códigos feudales y que jamás era atraído hacia la superficie de un proceso sin hacer subir con él la muerte.

Este partido parecía seguro de la victoria, y lo estaba. El entusiasmo del pueblo se manifestaba con él en favor del cardenal. Los hombres admiraban su paciencia, y las mujeres su discreción; los hombres se indignaban de que hubiese sido engañado tan villanamente, y las mujeres no querían creerlo. Para una porción de personas, Oliva, aunque viva y con su semejanza y sus confesiones, no había existido jamás, ó si existía, era porque la reina la había inventado expresamente para el caso.

Juana reflexionaba en todo esto; abandonábanla sus mismos abogados, y sus jueces no le ocultaban su aversión; los Rohán la abrumaban vigorosamente, y la opinión pública la desdeñaba. Así, resolvió descargar el último golpe para inspirar inquietud á sus jueces, temor á los amigos del cardenal, y pábulo al odio público contra María Antonieta.

En cuanto á la corte, su medio debía consistir en hacer creer que siempre había tratado de salvar á la reina, pero que iba á descubrirlo todo si la apuraban hasta el extremo.

Respecto del cardenal, era preciso hacer creer que ella sólo guardaba silencio por imitar su delicadeza; pero que en el instante en que él hablase, libre ya por su ejemplo, también ella hablaría, y que ambos descubrirían á la vez su inocencia y la verdad.

En realidad todo esto no era más que un resumen de su conducta durante la instrucción del sumario; pero es preciso reconocer que todo plato conocido puede presentarse como otro sazónándolo con nuevos condimentos. He aquí lo que ideó la condesa para condimentar sus dos estratagemas:

Escribió á la reina la siguiente carta, cuyos términos bastan por sí solos para revelar su carácter é importancia:

Señora,

« Á pesar de lo penoso y cruel de mi situación, no ha salido de mis labios una sola queja. Todos los rodeos que se han empleado para arrancarme confesiones, sólo han contribuído á fortalecerme en mi resolución de no *comprometer* jamás á mi soberana.

» Sin embargo, aunque estoy persuadida de que mi *constancia* y mi *discreción* deben facilitarme los medios de salir del apuro en que me hallo, confieso que los esfuerzos de la familia del *esclavo* (así llamaba la reina al cardenal en los días de su reconciliación) me hacen temer el que llegue á ser su víctima.

» Una larga prisión, *careos* que nunca acaban, la vergüenza y la desesperación de verme acusada de un crimen de que estoy inocente, han debilitado mi valor, y tiemblo que mi constancia sucumba á tantos golpes descargados á un tiempo.

» Madama puede con una sola palabra poner fin á este desgraciado negocio por medio de M. de Breteuil, el cual puede darle á los ojos del *ministro* (el rey) el giro que su inteligencia le sugiera sin que *madama quede comprometida de ningún modo*. El temor de verme obligada á *revelarlo todo* me impone el paso que doy hoy, persuadida de que madama tendrá en consideración los motivos que me fuerzan á recurrir á él, y que dará las órdenes para sacarme de la penosa situación en que me hallo.

» Soy con un profundo respeto vuestra muy humilde y obediente servidora,

» Condesa de VALOIS DE LA MOTTE »

Como se vé, Juana lo había calculado todo. Ó esta carta llegaba á manos de la reina y la amedrentaba con la perseverancia que manifestaba al cabo de tantos contratiempos, y entonces la reina, que debía estar cansada de la lucha, se decidía á terminarla con la soltura de Juana, puesto que su prisión y su proceso no habían producido ningún resultado; ó bien, como era mucho más probable, y como se evidencia por el final de la carta, Juana no contaba nada con esta carta. Esto es fácil de probar, porque lanzada de ese modo en el proceso, la reina no podía cortarlo sin condenarse á sí misma; de consiguiente es claro que Juana no había esperado nunca que su carta fuese entregada á la reina.

Sabía que todos sus guardianes eran adictos al gobernador de la Bastilla M. de Breteuil; sabía que todos en Francia hacían de ese negocio del collar una especulación enteramente política, cosa que no había sucedido desde los parlamentos de M. de Maupeou; y era seguro que el mensajero á quien confiase esta carta, si no la entregaba al gobernador, la guardaría para sí ó para los jueces de su opinión. En fin, Juana lo había dispuesto todo para que esta carta, al caer en las manos de cualquiera, dejase en ellas una levadura de odio, de desconfianza é irreverencia contra la reina.

Al mismo tiempo que escribía esa carta á María Antonieta, redactaba la siguiente para el cardenal:

« No puedo concebir, monseñor, que os obstinéis á no hablar claramente. Me parece que no podéis hacer cosa mejor que el acordar una confianza ilimitada á nuestros jueces, pues de ese modo se mejoraría nuestra suerte. Por

lo que á mí toca, estoy resuelta á callar si vos no queréis secundarme. Pero ¿ por qué no habláis? Explicad todas las circunstancias de este negocio misterioso, y os juro que confirmaré cuanto vos digáis. Reflexionadlo bien, señor cardenal, si tomo á mi cargo el hablar la primera y vos negáis lo que yo declare, soy perdida, y no podré salvarme de la venganza de aquélla que quiere sacrificarnos.

» Pero vos no tenéis que temer nada semejante de mi parte. Si sucediese que ella fuese implacable, vuestra causa sería siempre la mía, y lo sacrificaría todo por sustraeros á los efectos de su odio, ó nuestra desgracia sería común.

» P. D. Le he escrito á *ella* una carta que espero la decidirá, si no á decir la verdad, á lo menos á no abrumarnos á nosotros que no tenemos otro crimen de que acusarnos sino nuestro error ó nuestro silencio. »

Esta carta artificiosa fué entregada por ella misma al cardenal en su último careo en el gran locutorio de la Bastilla, y se vió al cardenal ruborizarse, palidecer y estremecerse en vista de tamaña audacia, de manera que tuvo que salir para cobrar aliento.

En cuanto á la carta para la reina, fué entregada en el mismo instante por la condesa al abate Lekel, capellán de la Bastilla, que había acompañado al cardenal al locutorio y era adicto á los intereses de los Rohán.

— Señor, le dijo Juana, encargándoos de este mensaje, podéis hacer cambiar la suerte de M. de Rohán y la mía. Enteraos de su contenido. Vos sois un hombre que estáis obligado al sigilo por vuestro estado. Os convenceréis de que he llamado á la única puerta á que el señor cardenal y yo podemos pedir socorro.

El capellán se rehusó á recibir la carta, diciendo:

— Vos no veis más eclesiástico que á mí, y S. M. creerá que le habéis escrito por mis consejos y que me lo habéis confesado todo ; así, no puedo consentir en perderme.

— Pues bien ; repuso Juana desesperando del éxito de su astucia, pero queriendo forzar al cardenal por la intimidación, decid á M. de Rohán que me queda un medio de probar mi inocencia, que es el hacer leer las cartas que él ha escrito á la reina. Me repugna el servirme de este medio, pero tendré que resolverme á él, en nuestro interés común.

Y viendo al capellán espantado por estas amenazas, trató por última vez de entregarle su terrible carta para la reina.

— Si toma la carta, decía para sí, estoy salvada, porque entonces le preguntaré en plena audiencia lo que ha hecho de ella, y si la ha entregado á la reina ; é intimado que responda, si no la ha entregado, la reina está perdida ; la perplejidad de los Rohán probará su crimen y mi inocencia.

Pero apenas el abate Lekel tuvo la carta en las manos, se la devolvió como si le quemase.

— Reflexionad, dijo Juana pálida de cólera, que no arriesgáis nada, porque he ocultado la carta de la reina bajo un sobrescrito dirigido á madama de Misery.

— ¡ Razón más ! exclamó el abate ; sabrían el secreto dos personas, lo cual sería un doble motivo de resentimiento para la reina. ¡ No, no, no quiero recibirla !

Y rechazó la mano de la condesa.

— Reflexionad que me reducís á hacer uso de las cartas de M. de Rohán, dijo Juana.

— En buen hora, repuso el abate ; haced uso de ellas, señora.

— Pero, replicó Juana trémula de furor, como os declaro que la prueba de una correspondencia secreta con

S. M., hace caer en un cadaiso la cabeza del cardenal, sois libre de decir : ¡ En buena hora ! Yo os lo habré advertido.

En este momento se abrió la puerta, y se apareció el cardenal en el umbral, soberbio y colérico :

— Haced caer en un cadaiso la cabeza de un Rohán, señora, replicó, pues no será la primera vez que la Bastilla haya visto este espectáculo. Pero, supuesto que así es, yo os declaro que nada reprocharé al cadaiso en que rueda mi cabeza, con tal que yo vea aquél en que vos seáis infamada como ladrona y falsaria ! ¡ Venid, señor abate, venid !

Y volvió la espalda á Juana después de estas palabras aterradoras, y subiendo con el capellán, dejó sumida en la rabia y la desesperación á esa desgraciada criatura que no podía hacer un movimiento sin atascarse cada vez más en el fango mortal en que muy luego iba á zambullirse del todo.